Amor y Esperanza

Periódico Parroquial-Quincenal

Año VI | Alhama de Murcia, Domingo 27 de Enero de 1929 | Núm. 119

El bosque sagrado de Sidi-Alí

Guardo entre mis papeles, como reliquia veneranda, lo que tú, lector, puedes llamar, si te place, con el nombre pomposo de «Diario de campaña»; pero te advierto que, antes que tú, bautizó el librejo de apuntes «El Peque» del Batallón: un alférez menudo y simpático, con la cara como una niña y el corazón de héroe. De su puño y letra dejó, para siempre, escrito sobre las pastas del cuaderno: «Memorias de un cura loco». Y así lo denomino yo y entiendo que no debe tener otro nombre, pues cualquier otro sería más fátuo y menos real.

Loco precisaba estar para aguantar, indiferente, aquella ininterrumpida sucesión de impresiones. Si no te has asomado nunca al escenario de la guerra, ten por cierto que la visión de un campamento, da la idea más aproximada de un manicomio suelto, donde cada cual viste tan fachendosamente como se le antoja y vive y personifica su tema, hasta que un proyectil acabe con su vida y su locura.

En el cuaderno, pues, de *mis* «Memorias», aparecen notas brevísimas como relámpagos, que delatan la tempestad, y que, al ojearlas, se descorre, para mí, el telón de la tragedia, y la farándula de la muerte pisa, torpemente, el escenario en que antaño tuve yo también mi papel.

Y he aquí, lector, que hoy mi vista se posa, insistentemente, sobre una de estas notas, mientras la memoria rumia aquel suceso, que tuvo un solo testigo: un solo soldado ¿loco? y un solo confidente; este cronista loco o como tú quieras.

La nota a que me refiero dice lacónicamente: «*22 Septiembre 1924. El bosque sagrado de Sidi-Alí*».

. . . . . .

...Cuando, terminada felizmente para nuestras armas, la operación de aquel día, entré en el hospital de sangre, un sanitario salióme al encuentro notificándome, con la mayor naturalidad:

—Hoy hay trabajo, Padre. Han ingresado muchos y la mayoría graves.

Entre tanto, otros sanitarios discurrían entre los lechos y llevaban y traían del quirófano camillas de heridos. Unas de las veces pasó, rozando junto a mí, una de estas camillas y en ella un artillero que, lejos de quejarse, reía dulcemente y apretando sus manos sobre el pecho, decía sin cesar: ¡Gracias... gracias, Señor!

Hizo el sanitario que hablaba con migo un gesto de compasión, mientras decía:—¡Uno más! ¡Cuántos locos, Dios mío!

Instintiva, maquinalmente, ace-

.....¡Allí se me apareció el Señor!